

je. Los que aquí se han expuesto son más bien apuntes, estudios de obras más consistentes. Abunda por el contrario el tema de figuras humanas y el retrato, lo que confirma nuestra tesis. Algunos pintores, como Guillermo Vergara, buscaron en las escenas más humildes del campo su más fuerte inspiración plástica.

Todos ellos se entregaron a un verismo contenido que no excluía la solución de los problemas plásticos puros. Es decir el tema no constriñó nunca su afán de llegar a la belleza con prescindencia de lo temático. Pero, en general, estaban más cerca del naturalismo decimonónico.

La nómina de expositores es: Judith Alpi, Enrique Bertrix, A. Bustamante, J. Izquierdo, los hermanos Lobos, Pedro Luna, Carlos Isamitt, Madariaga, Meza, Millán, etc.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-231EPAR10231>

Exposición Pedro Figari

Tres son los pintores que en América del Sur representan la verdadera iniciación de un arte pictórico con características esenciales: Prilidiano Pueyrredón, en Argentina; Juan Francisco González, en Chile y Pedro Figari en Uruguay. En Méjico es el extraordinario paisajista romántico José María Velasco la pupila más original y la mano más segura. Estas cuatro figuras, en épocas distintas, pero con fuerza e impulso semejante, hablan en el continente americano un lenguaje pictórico de la más elevada alcurnia estética.

Las salas de nuestro museo de Bellas Artes tras la notable exposición de arte contemporáneo italiano abrigan ahora un valioso conjunto de obras del maestro uruguayo.

Es indudable que Juan Francisco González y Pedro Figari representan en el grupo citado la nueva sensibilidad. En Pueyrredón y en Velasco se advierte el influjo del naturalismo romanizante; en el chileno y en el uruguayo aflora de manera muy visible la inquietud de las nuevas escuelas, el dominio casi absoluto del color y la eclosión de la plástica pura.

Ello se hace más patente en Figari. El pintor de los «candombes» se preocupó, además, de llevar a sus telas un elemento expresivo, una emoción interior que no estaban en los otros pintores. Para nosotros es, desde luego, el más personal y el que responde menos a influjos espurios al arte.

Su vocación fué incontenible, fervorosa; fué una esencial y poderosa razón de vida. Pocos ganan al maestro uruguayo en temperamento y en íntimo afán creador. Era un espíritu que sentía dentro de sí el mundo reducido a fórmulas escuetas y sintéticas de belleza. Su obra vive en función primordial del color. Es el cromatismo su justificación y su norma. Claro es que el tema en estas telas vive una existencia menguada y es sólo el sustentáculo para establecer el ritmo cromático.

Figari pertenece así al núcleo de los grandes coloristas modernos. Yo no dudo en radicarlo junto a Van Gogh, junto a Gauguin, junto a Anglada Camarasa. Con todos ellos tiene el artista uruguayo, además de su pasión encendida por el cromatismo, alguna otra esencial y particular semejanza.

El contacto con el holandés genial es más estrecho y completo. Por eso quienes miren atentamente las obras de Figari advertirán de inmediato una auténtica fraternidad con Vicente Van Gogh. No es necesario que las telas vivan una similitud formal. Al contrario, esto suele ser en casi todos los casos de plagio o sometimiento servil a un formulismo convencional. Cuando el holandés pinta los campesinos de la Provenza hace como Figari cuando lleva a sus telas los hombres de la Pampa. Es decir, ambos tratan de captar la esencia del espíritu humano.

Se ha dicho de Pedro Figari que es un pintor *nativista*. Yo lo veo mejor como pintor de lo esencial, de lo que es permanente y habitual en el hombre. Es decir, como pintor que aspira a aprehender esa segunda fisonomía humana que es la psicología. En alguna ocasión el espíritu surge tan potentemente al exterior que impone su dominio y relega a un segundo plano los elementos representativos de la obra. Existe en todo caso un

afán de darnos la expresión más íntima de una humanidad. Sus caracteres entrañables. ¿Qué importan aquí los rasgos de la cara, el dibujo de las manos, los pequeños detalles de una caracterología superficial?

Ni siquiera estima Figari que lo esencial de la expresividad vital se da en el hombre. En primer lugar hay predominio en su temática de la raza negra y, además, los caballos viven un drama casi humano, conmovedor por la comprensión del pintor. En segundo lugar, lo antropomórfico de esta pintura se hunde y se pierde en la grandeza de las llanuras. Hay, pues, cierta unidad psicológica en la obra.

Figari se acercó, como Van Gogh, a los humildes. Nada más conmovedor que esos teatrillos de barrio y patios, que recuerdan a los cafés provincianos del holandés. Sus cielos tienen también la misma grandeza cósmica y parecen participar en el drama humano.

El vehículo principal con que el maestro va hacia la búsqueda de la expresión es, como hemos dicho, el colorido. Cuando Figari establece el acorde de sus manchas cromáticas parece interesado únicamente en señalar la máxima intensidad de las relaciones armónicas del colorido. Por eso, cuando en su composición necesita de un «valor» determinado, somete la veracidad del tono local a esa exigencia estética. Así se pueden ver caballos de color rosado o naranja, trajes de los más refinados tonos y manchas cromáticas de ampulosas entonaciones.

Es en este aspecto cuando la obra de Figari recuerda las de Anglada y Gauguin. Estos dos pintores vieron en el color únicamente la posibilidad de composiciones puras. Con prescindencia absoluta del tema y sin tener en cuenta la realidad aparente, buscaron en el color una posibilidad de belleza. Figari, Gauguin y Anglada Camarasa son tres pintores ansiosos de reducir a fórmulas cromáticas el mundo tangible.

Pero hay en Figari el encanto inmarcesible de los temas que para aquéllas le sirvieron de modelo. Sus entierros, sus escenas de

bailes negros, sus bodas y sus teatros de barrio, reflejan por modo verídico, y al mismo tiempo poético, el mundo coetáneo del pintor.

Fué un intérprete genial de su tiempo y de su pueblo. En estas escenas se advierte el aleteo de un espíritu sensitivo. Figari supo verlo. Pero no necesitó vivir en medio de ellas para hacerlo. Interpretó con magnífico y extraordinario poder de síntesis. El maestro captó las esencias humanas sin olvidar aquellos elementos característicos de su pueblo. Y como lo fundamental y expresivo adquiría caracteres básicos en su obra, por eso pudo pintar con plenitud cabal las corridas de toros a su paso por España. Pocos artistas peninsulares han llegado tan profundamente a las raíces del drama taurino.

La exposición del pintor uruguayo Pedro Figari ha revelado al público chileno a un artista que ennoblece y dignifica el arte de América. Agradecemos al señor Carlos Herrera Mac Lean sus esfuerzos por cimentar la merecida gloria del maestro.

Exposición Carlos Dorlhiac

En la Sala del Banco de Chile ha celebrado una exposición de sus últimos dibujos el artista Carlos Dorlhiac con un extraordinario éxito de crítica y de público. Hace tiempo que la obra de este dibujante se halla en la plenitud de su madurez. Se puede afirmar que Dorlhiac conoce a fondo su técnica y la plumilla es en él un raro instrumento creador de formas y de poemas plásticos.

Por eso resulta siempre agradable referirse a ella. Los cartones del artista sugieren al que los contempla un mundo de evocaciones al referirnos su secreto.

Dorlhiac es un poeta de las pequeñas y humildes cosas, de los tipos de la raza, de las viejas casonas que guardan todavía en sus piedras envejecidas un recuerdo entrañable de la Colonia. Dorlhiac habla a nuestra sensibilidad en un lenguaje sencillo,